

vió á aparecer en el campo de los insurrectos, ni nosotros le mencionamos ya mas en aquel capítulo, sino para decir que era hermano suyo el esforzado y brioso don Alonso de Aguilar, que murió haciendo prodigios de personal valor en las fragosidades de aquellas sierras. El Gran Capitan no pudo socorrer ni vengar á su hermano, porque no se hallaba en España. El rey don Fernando le habia destinado á otro campo mas digno de sus altas prendas militares, al teatro de sus mas gloriosos triunfos, á Italia, cuyo estado reclamaba otra vez la presencia del vencedor de Aubigny y de Carlos VIII. de Francia. Grandes sucesos acontecian allí, y muy importantes para la monarquía española.

Muerto el rey Carlos VIII. de Francia, su sucesor Luis XII. comenzó á manifestar desde que subió al trono, contra lo que se esperaba de su mayor edad y esperiencia, los mismos ambiciosos proyectos que tan caros habian costado á su temerario antecesor, sobre los estados de Milan y de Nápoles. Alentábanle en sus designios de usurpacion muchos caballeros franceses ansiosos de medrar en la guerra, y en la misma Italia encontró tambien muy pronto príncipes ó maliciosos ó débiles que se prestáran á servirle de instrumento en sus planes. El papa Alejandro VI. se hallaba altamente resentido del rey don Fadrique de Nápoles por haberse éste negado obstinadamente á dar su hija en matrimonio al hijo del papa, el cardenal César Borgia,

que, como dijimos, estaba resuelto, con anuencia de su padre, á dar el escándalo de trocar el capelo por el tálamo nupcial. Con esto le fué fácil al monarca francés atraer al pontífice á una liga contra el de Nápoles, halagándole con dar á su hijo César la mano de una princesa napolitana, húngara, navarra ó francesa, y ademas el ducado de Valentinois. Conveníale tambien al francés tener propicio al papa á fin de obtener de la Santa Sede su divorcio de la reina Juana que andaba solicitando. Tales fueron y tan bastardos los móviles que impulsaron al papa Alejandro VI. y al rey Luis XII. de Francia á confederarse contra el inocente don Fadrique de Nápoles (1).

La república de Venecia aceptó tambien la alianza que le propuso el francés contra el duque Sforza de Milan, y accedió á juntar sus armas para derrocarlo, con la mezquina mira y por el vil interés de participar del despojo y quedarse con la presa de algunas ciudades y territorios del Milanesado. La de Florencia y otros estados inferiores consintieron ó por miedo ó por debilidad, ó en ayudar á los confederados, ó en mantenerse neutrales. A tal degradacion habian ve-

(1) El hijo de Alejandro, el cardenal César Borgia, obispo que habia sido de Pamplona y arzobispo de Valencia en España, aquel de quien decia el embajador español Garcilaso que «aun para lego era demasiado deshonesto,» despues de haber escandalizado con su conducta la cristiandad, renunció en efecto las órdenes sagradas, la púrpura cardenalicia, y las iglesias y beneficios que poseia, y se volvió al estado seglar, y se fué á Francia para ser duque y casado, y causar mil turbaciones en los estados cristianos, y hacerse un hombre monstruoso y abominable.

nido los príncipes y las potencias de Italia, que por reyertas miserables no vacilaban en abrir su país á un usurpador y á una inundacion estrangera (1498). Fuerte con estos apoyos el nuevo monarca francés, en paz con España y hecha tregua con el emperador y rey de romanos, dió principio á la ejecucion de sus proyectos, invadió con fuerza de gente las bellas campiñas de Italia, inundó la Lombardía, sometió en poco mas de quince dias todo el duçado de Milan, y derrocó al duque Sforza, que fué destinado á pasar el resto de sus dias en Francia en miserable cautiverio (1499). Aquel desgraciado, que pocos años antes habia llamado á un rey de Francia contra otros príncipes de Italia, fué á su vez destronado por otro monarca francés ayudado de príncipes italianos. El invocador de Carlos VIII. se vió cautivo de Luis XII. ¡Leccion insigne, aunque no nueva, para los príncipes imprudentes ó mal intencionados, que tales auxilios invocan y con tales fines! Rara vez dejan ellos mismos de ser víctimas de sus malas artes.

Dueño Luis XII. del Milanés, quedaba amenazando á Nápoles, sin que don Fadrique tuviese un solo príncipe italiano á quien volver los ojos. Motivos tenia tambien para no confiar ya, como en otra ocasion, en su deudo y natural aliado el Rey Católico de España; y sus mismos súbditos, acostumbrados á mudar de reyes, no se mostraban muy dispuestos á sacrificarse por sostener ninguno. En tal situacion, tentó

conjurar la tormenta ofreciendo al mismo rey de Francia pagarle un tributo y poner en sus manos algunas de las principales fortalezas del reino. El francés oyó con desdeñosa frialdad estas proposiciones, antes bien envalentonado con aquel acto de flaqueza, determinó poner luego en obra su empresa sin mas dilatarla. En este conflicto el débil don Fadrique apeló al último recurso á que podia apelar un príncipe cristiano, á pedir auxilio al sultan de Constantinopla Bayaceto, terror de la cristiandad, cuyas tropas tenian ya invadidas algunas comarcas y posesiones de la república de Venecia. Semejante desesperada determinacion fué un motivo mas de que se valieron sus enemigos, ó un plausible pretesto para consumir su ruina.

El rey Fernando de España, no sabemos si por política ó con sinceridad, no habia dejado de dirigir representaciones y protestas al francés contra el intento de despojar á su pariente el de Nápoles. Decimos esto porque nunca Fernando habia perdido de vista sus derechos al trono de aquel reino, y nunca se habia conformado con que le ocupara un príncipe de la línea bastarda de la casa de Aragon. Ello es que viendo á Luis XII. empeñado en su empresa apoyado por los príncipes de Italia, conociendo los inconvenientes de oponerse él solo al monarca francés y á sus aliados, y no pudiendo por otra parte permitir que se apoderara de Nápoles y pusiera en peligro su reino de Sicilia, ocurrióle un medio, si no

fundado en justicia y en buena moral, sugerido al menos por la política y la conveniencia, á saber: proponer al rey de Francia, que pues ambos se creían con derecho al trono de Nápoles, se partiese aquel reino entre los dos por partes iguales buenamente y sin guerras. Ya en tiempos de Carlos VIII. habia tenido el Rey Católico un pensamiento ó proyecto semejante á este: consideraciones y circunstancias le aconsejaron entonces no proponerle abiertamente. Para cohonestarle ahora, alegaba que don Fadrique, descendiente de la línea bastarda de Aragon, ocupaba indebidamente aquel trono, en perjuicio y contra los derechos de la legítima descendencia de Alfonso V.: que no merecia ser protegido un rey que habia llamado al turco en su socorro y se valía de auxilio de infieles: que si bien su derecho á la corona de Nápoles era mejor y mas legal que el de los reyes de Francia, debia ahórrar á sus súbditos los sacrificios y los males de una guerra con un monarca tan poderoso como el francés, y que asi era mas conveniente arreglar este asunto por medio de negociaciones con el rey Luis, con lo cual aseguraba sus posesiones de Sicilia y adquiria siquiera la mitad del reino de Nápoles <sup>(1)</sup>. Consiguiente á este plan, envió sus emba-

(1) Hablan de los sucesos que hasta aqui llevamos referidos, y primeros del IV.—Muratori, *Annali d'Italia*, tom. XIV.—Giannone, *Istoria di Nápoli*, lib. XXIX.—Paol Giovio, *Vita Magni Gonzalvi*, lib. I.—Bembo, *Istoria Viniziana*, tom. III.

jadores al rey de Francia para que le propusiesen como cosa que salia de ellos, y le sondeasen sobre este punto, con las competentes instrucciones de cómo le habian de dar un colorido aceptable.

Sin perjuicio de negociar este trato, habia ya mandado el Rey Católico aparejar una gruesa armada en Málaga, ya para poner el reino de Sicilia á cubierto de cualquier hostilidad por parte del francés, ya para mostrar que estaba pronto á auxiliar la república de Venecia contra los turcos, que era el objeto ostensible que le daba; de modo que los venecianos enviaron sus embajadores á España á dar las gracias al rey Fernando, y á pedirle que la armada española se juntase con la suya en Levante. Armáronse, pues, hasta sesenta naves entre grandes y pequeñas, con cuatro mil peones y seiscientos ginetes de desembarco, gente escogida, sacada la mayor parte de las provincias del Norte. Dióse el mando de la escuadra al capitan Gonzalo de Córdoba, con instrucciones de lo que habia de hacer luego que llegase á Sicilia, bien contra el francés, bien contra el turco, segun las circunstancias y los sucesss (1500). La flor de la juventud española se apresuró á alistarse bajo las banderas de aquel ilustre y afamado caudillo. Con él fueron, entre otros, Gonzalo Pizarro, acreditado por su valor, pero mas célebre por ser padre del que despues fué conquistador del Perú; Diego de Mendoza, hijo del Gran Cardenal de España; Zamudio, que fué allá ter-

ror de italianos y alemanes; Diego García de Paredes, que habia de ser tan celebrado en crónicas y romances por sus hercúleas fuerzas y sus extraordinarias hazañas; y Pedro Navarro, tan famoso despues en Africa y en Europa. Provista y pertrechada de todo la armada, dióse con ella á la vela el Gran Capitan (mayo de 1500) la via de Sicilia.

Llegado que hubo á Mesina, salió inmediatamente á unirle la escuadra veneciana mandada por Benito Pésaro, con objeto de contener á los turcos, que se hallaban delante de Nauplia, ó sea Nápoles de Romanía. A la aproximacion de los aliados se retiró la armada turca á Constantinopla. Gonzalo y los venecianos se dirigieron á atacar el fuerte de San Jorge de Cefalonia, ciudad poco tiempo hacia arrancada por los turcos á la república de Venecia. Setecientos turcos aguerridos y feroces defendian aquella fortaleza situada sobre una roca de áspera y difícil subida. Españoles y venecianos sufrieron cerca de dos meses todo género de penalidades en aquel sitio sin poder rendirla. Tenian los turcos entre sus armas ofensivas una máquina guarnecida de garfios, que llamaban *lobos*, con los cuales asian á los soldados por la armadura, y levantándolos en alto, ó los estrellaban dejándolos caer de repente, ó los atraian á la muralla para matarlos ó cautivarlos. Diego García de Paredes, uno de los que de esta manera fueron llevados al muro, se defendió con tan heróico esfuerzo, que aquellos bár-

baros le respetaron y guardaron prisionero, esperando obtener por su rescate mejores condiciones en el caso de rendirse. Los venecianos hacian jugar con acierto su buena artillería, y el capitan español hizo volar varios trozos de muralla por medio de las minas que acababa de inventar Pedro Navarro, y que le dieron una terrible celebridad en Italia. Los turcos reparaban pronto los boquetes, y resistian los ataques con bárbaro y desesperado valor. Pero á los cincuenta dias Gonzalo y Pésaro acordaron dar un asalto general: tronaron los cañones, reventaron con horrible estampido las minas, los soldados escalaban los muros y rompian por las brechas atronando con voces y gritos, y penetrando en la plaza y combatiendo á muerte, solo dejaron ochenta turcos vivos: los demas habian perecido peleando con su valeroso gefe Gisdar. Las victoriosas banderas de Santiago y San Márcos tremolaron juntas en las almenas de San Jorge <sup>(1)</sup>.

Recobrada Cefalonia, y dejada en poder del caudillo veneciano, el capitan español se volvió á Sicilia en principios de 1501. La fama de Gonzalo, vencedor de Bayaceto, voló por Italia y por Turquía, y Fernando, con su pronto y oportuno socorro contra el turco, ganó en Europa gran reputacion de protector de la cristiandad. La república de Venecia, agradecida á Gonzalo de Córdoba, inscribió su nombre en el

(1) Cron. del Gran Capitan, do, lib. IV. c. 25.—Giovio, Vita c. 10.—Zurita, Rey don Hernan- Magni Gonsalvi.

libro de Oro de los nobles venecianos, y le envió á Siracusa un presente de piezas de plata labrada, de martas y telas de seda y brocados, y de magníficos caballos de Turquía. El caballero español aceptó solamente los honores, y lo demás lo envió á su rey, «para que sus competidores, decia, aunque fuesen mas galanes, no pudiesen á lo menos ser mas gentiles-hombres que él.»

A este tiempo ya las negociaciones entre los soberanos de España y Francia para el repartimiento y conquista del reino de Nápoles habian dado un resultado el mas funesto para el desgraciado don Fadrique. Los dos monarcas se habian ofrecido y jurado perpétua confederacion y amistad, dando de mano á todas las demandas y pretensiones que entre si traian, de tal suerte que no se pudiese mover ninguna en adelante. So pretexto de que el rey don Fadrique habia puesto en peligro toda la cristiandad llamando á los turcos, le declararon depuesto del trono; y á fin de evitar las calamidades de una guerra, y supuesto que nadie mas que ellos dos tenia derecho á aquel reino, acordaron repartirle entre sí en iguales porciones. La parte septentrional, que comprende la Tierra de Labor y el Abruzo, se adjudicó al rey de Francia con el título de rey de Nápoles y de Jerusalem: aplicáronse al de España la Calabria y la Pulla, donde él conservaba algunas fortalezas, con título de duque. Los rendimientos de aduanas se recaudarian

por comisarios ú oficiales del Rey Católico, y se repartirian con igualdad entre Francia y España. Si al tiempo de apoderarse del reino, algunas de las partes tomase lugares ó villas pertenecientes á la otra, se las restituirian mutuamente sin dilacion. Estos artículos se habian de presentar al papa para su aprobacion, conviniendo en no desistir de ello hasta que á uno y á otro les diese la correspondiente investidura <sup>(1)</sup>. El tratado se ratificó por el Rey Católico en Granada (11 de noviembre, 1500).

Tal fué el famoso tratado de particion del reino de Nápoles, hecho por propia autoridad entre dos monarcas, contra otro que estaba en tranquila posesion de aquel trono, que en nada les habia ofendido, y á quien el rey de Aragon habia colocado en él con sus armas. Cuatro príncipes de la misma dinastía habian llevado ya aquella corona; pero Fernando, remontándose á su origen, negaba el derecho de Alfonso V. á disponer en favor de un hijo natural, y con perjuicio de los legítimos herederos, de un reino ganado con las armas aragonesas. Nunca, decia, habia renunciado á esta reclamacion, y solo la habia diferido por las circunstancias. La opinion pública, asi en Aragon como en toda España, se le mostró favorable. Sin embargo, suponiendo la legitimidad del derecho, no alcanzamos cómo pueda justificarse, si no acudimos á

(1) Dumont, en el Cuerpo diplomático, tom. III., inserta integro el tratado.—Zurita, Rey don Hernando, lib. IV. c. 22.

la política usada en aquel tiempo, ni la particion entre dos potencias que no tenian iguales títulos, ni la proteccion dispensada antes á don Fadrique y el empeño de reponerle en el trono con el propósito de derrocarlo despues, sin que para ello diese nueva causa (1).

En virtud del convenio, el monarca francés puso en movimiento un ejército de diez mil infantes y mil lanzas en direccion de Nápoles al mando del veterano Aubigny, el que anteriormente habia hecho la guerra de Calabria contra el Gran Capitan, mientras de Génova salia en la propia direccion una armada de seis mil quinientos hombres á las órdenes de Felipe de Ravenstein. Como el tratado de particion estaba todavía secreto, todos fijaron su vista en el rey don Fernando de España y en Gonzalo de Córdoba, suponiendo que no tardarian en declararse, como la vez primera, los protectores de don Fadrique para resistir ó rechazar la invasion francesa. Don Fadrique era el único en Italia que sabia, por cartas que habia recibido de sus embajadores, que no tenia que esperar nada del monarca español, pero ignoraba todavía lo del tratado. Fernando lo habia comunicado secretamente

(1) Salazar de Mendoza, Zurita, y otros historiadores castellanos y aragoneses, así antiguos como modernos, acumulan con afanosa prolijidad cuantas razones han podido discurrir para probar el derecho de la casa de Aragón á la corona de Nápoles. Nosotros, sin negar el derecho, y tal vez por lo mismo que el rey don Fernando podia alegrarle y defenderle, no podemos, á fuer de severos é imparciales historiadores, aplaudir ni el tratado de particion, ni la contradiccion entre su conducta anterior y posterior con el rey don Fadrique.

al Gran Capitan. Los franceses atravesaron la frontera de Nápoles (julio, 1501), y siguieron avanzando sin resistencia hasta Capua. Costosísima fué á esta ciudad la que quiso oponer al invasor. A los ocho dias de ataques, y cuando el gobernador Fabricio Colona estaba conferenciando sobre la rendicion, entraron los franceses saqueando y degollando con bárbara impiedad: las mugeres, sin distincion de estados, aun las vírgenes consagradas á Dios, fueron miserable triunfo á la licencia y al desenfreno de los vencedores: muchas vendieron despues en Roma á bajísimos precios, y otras por no sucumbir á tan vergonzosos ultrages, se arrojaron á los pozos ó al rio (1). La horrible suerte de Capua aterró á las demas ciudades; entregóse Gaeta, y los franceses prosiguieron, detestados, pero triunfantes.

Mientras por su parte el Gran Capitan preparaba su invasion por la Calabria y la Puglia, el papa Alejandro VI., informado por el monarca francés del tratado de particion, no solamente aprobó aquella concordia, sino que accedió gustoso á otorgar á los soberanos de Francia y España la respectiva investidura de

(1) Añaden los historiadores italianos, que habiéndose refugiado muchas en una torre, el duque de Valentinois, antes cardenal César Borgia, hijo del papa, que seguia el ejército francés como lugarteniente del rey, quiso ver aquellas desgraciadas, y retuvo para sí cuarenta de las mas hermosas.—Guicciardini, lib. V. pág. 201, edic. de Madrid, 1683.—Sunmonte, Istor. di Nápoli, tom. III. lib. 6.—Giannone, Ist. di Nápoli, lib. 29.—Zurita no habla mas que del saqueo de Capua, y de la prision de Fabricio Colona y de Hugo de Cardona.